PQ 6503
.A76 D6
Copy 1

DOÑA URRACA,

drama original

EN CUATRO JORNADAS,

POR

D. Eusebio Asquerino.

Madrid: 1858.

DOÑA URRACA,

drama histórico original

EN CUATRO JORNADAS EN VERSO Y PROSA.

SU AUTOR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PERSONAGES.

PQ6503
.A76 I16

La reina doña Urraca.
El conde don Pedro Gonzalez de Lara.
Leonor.
Fernando Hurtado, *page*.
Don Gutierre Fernandez de Castro.
El obispo don Diego Gelmirez.
El conde de Trava.
Don Gomez de Manzanedo.
Nuño. } *Escuderos.*
Garcés. }
Soldado 1.º
Soldado 2.º
Un ugier.
Clara. } *Criadas de la reina, que no hablan.*
Aldonza. }

La escena en la primera, segunda y cuarta jornanada es en Leon, y la tercera en Toledo y el castillo de Mansilla.

Siglo XII.

Gift
Hispanic Society of America
Oct. 11, 1938

Esta comedia es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima; y no podrá representarse en ningun teatro del reino sin adquirir el derecho de propiedad para ello, segun se previene en la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837.

JORNADA PRIMERA.

Cámara de la reina doña Urraca.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON PEDRO DE LARA *sentado al lado de* LA REINA.

D.ª Urraca. Don Alfonso de Aragon
huestes inmensas prepara,
y piensa, querido Lara,
que está durmiendo el Leon.
Un dia pudo inhumano
mil víctimas inmolar,
y á un juramento faltar...

Lara. Cuándo no falta un tirano...?
Pero ya le conocemos
y no nos engañará:
venga otra vez, y verá
como vencerle sabemos.

D.ª Urraca. De ese monarca cruel
un tiempo la esposa fuí;
pero los lazos rompí
que me ligaban á él.
Porque no formó mi union
con hombre tan altanero
el amor puro y sincero,
sino la ciega ambicion.

Lara. De política son leyes
y de estado altas razones,
por el bien de las naciones
sacrificar á sus reyes.

:

D.ª Urraca. Solo los grandes tuvieron
la culpa; y por ser muger,
me tuve que someter
á todo cuanto quisieron.
Con Alfonso de Aragon
por fin casarme lograron:
ellos mi mano entregaron,
pero no mi corazon.
Mi corazon á un malvado!
Tú sabes lo que he sufrido,
mi rostro en sangre ha teñido,
con sus pies me ha maltratado.
Y despues que me llenó
de mil injurias su lengua,
ese rey tirano... oh... mengua!
en Soria me repudió.

Lara. Y no hubo un caballero
que sin temer á la muerte
se atreviera á defenderte
desenvainando el acero?

D.ª Urraca. Ninguno: todos callaban,
los que un tiempo aduladores
por merecer mis favores
hasta mis plantas besaban.
Solo en el instante aquel
decia pensando en tí...
ah! si él estuviera aqui
me amparara solo él.

Lara. Es cierto, reina! pensabas
que si á tu lado estuviera
yo solo te defendiera...
Urraca! no te engañabas.

D.ª Urraca. Ah! desde que te amo yo
quince años se han cumplido,
y catorce han transcurrido
desque mi padre murió.
Y de Alfonso me hizo esclava
la corona que heredé,
pues ser su esposa juré
aun cuando yo no le amaba.

No te acuerdas de aquel dia
tan fatal? di: le olvidaste?

Lara. Bien me acuerdo que juraste
ser suya cuando eras mia.

D.ª Urraca. Y que importa el juramento
que mi labio pronunció,
si el cielo sabe que yo
te amaba en aquel momento?
Sí, entonces pensando en tí
al sacerdote no vía,
ni la sonora armonía
del órgano percibí.
Ni veía en mi quebranto
mil velas que ardiendo estaban,
y un mar de luz derramaban
por el templo sacrosanto.
Luego el tálamo nupcial
¡oh Lara! vi solamente,
y que ceñia mi frente
una corona real.
Mas olvida lo pasado:
ya soy libre, conde, y ya
ninguno me privará
de ser feliz á tu lado.
Antes criminal esposa
al santo cielo ofendia,
pues al rey aborrecia,
y era en tus brazos dichosa.
Mas de mirarte extasiada
quién me quita hora el placer?
Soy feliz como muger,
como reina desgraciada.

Lara. No llores, no: qué pesar
esperimenta tu alma?
torne á tu pecho la calma,
cesa por Dios de llorar.
Pues esas lágrimas son
cual ascuas de fuego ardiendo,
que gota á gota cayendo
abrasan mi corazon.

Como á reina de Castilla
el fidalgo, el caballero,
y hasta el ínfimo pechero,
no te doblan la rodilla?

D.ª Urraca. Ah! conde! sin duda ignoras
que nos vemos circundados
de enemigos declarados
porque saben que me adoras.
Y esos pérfidos quisieran
la diadema renunciara,
pues cuando Alfonso reinara
ser tus verdugos pudieran.

Lara. No temas, no. Tal demencia
solo es propia de almas viles
que cual míseros reptiles
se humillan en tu presencia:
pensarlo me causa horror!
Y puede haber criaturas
que siendo nuestras hechuras
se ofendan de nuestro amor?
Imbéciles! han creido
quiero el cetro poseer:
no saben que á una muger,
y no á una reina, he querido.
Y que jamas pretendí
ver mi frente coronada,
pues fuera carga pesada
la diadema para mí.
No ambiciono la grandeza
y magestad de los reyes,
dictadores de las leyes,
y esclavos de la nobleza.
Su pompa y esplendor vano
guarden allá: no le quiero,
pues ser lo que soy prefiero
antes que ser rey tirano.
Jamas por la sed del oro
al poder real adulé:
mi nobleza la gané
peleando contra el Moro.

Y vive Dios! que si ahora
á mi poder se opusiera
alguno...

ESCENA II.

DICHOS. UN UGIER.

Ugier. La corte espera
para la audiencia, señora.
D.ª Urraca. Salgo al punto. (*Vase el ugier.*)
Lara. Urraca, á Dios!
no quiero que aqui me vean;
mas tiemblen los que desean
separarnos á los dos!

ESCENA III.

Salon regio.

DON GOMEZ DE MANZANEDO. DON GUTIERRE DE CASTRO. EL CONDE DE TRAVA.

Man. Sin duda, conde, vais á sorprender á la reina con vuestra venida. No creía doña Urraca volver á veros tan pronto, y me alegro se haya engañado.
Trava. Hablad bajo, porque nos pueden oir.
Cas. Qué importa! jamas me alegraria tanto como ahora de tener un rompimiento con ella. De ese modo podiamos mejor...
Man. Callad por Dios! es preciso que no entiendan nuestros proyectos antes de ponerlos en ejecucion.
Trava. Decis bien.
Cas. Supongo que don Alfonso de Castilla aprobará las medidas que tomemos.
Man. Ah! por supuesto. Cuando se quiere reinar por todo se atropella, y á don Alfonso, aunque niño, le es muy doloroso tener que dividir el poder con su madre. El amor y la corona no admiten competidores.

Cas. Lo que yo estraño, conde, es que el de Aragon se mantenga neutral...

Trava. No lo creais. Don Alfonso espera sacar partido de nuestras disensiones. Tal vez con ese objeto me habrá dado libertad, pero se equivoca: en el momento que trate de invadir á Castilla, los leones castellanos se arrojarán sobre él; pero por ahora estamos libres de sus armas. Parece que ya se ha olvidado enteramente que estuvo casado con una reina de Castilla.

Cas. Cómo! ya no se acuerda de doña Urraca...?

Trava. Algunas veces, pero para prorumpir contra ella en mil denuestos. Jamas creí la aborreciera tanto. Asi es que los que siguen la parcialidad de la reina, tienen en él su mas encarnizado enemigo.

Man. Entonces el conde don Bestrando, Lara, y...

Trava. Al último le aborrece de muerte.

Cas. En eso no nos lleva ventaja alguna. Ahora seguramente estará en el cuarto de la reina requiriéndola de amores, mientras nosotros esperamos se digne recibirnos. No hay valor para sufrir tantas humillaciones... pero vive Dios que pronto se ha de acabar su tiránico poder!

ESCENA IV.

DICHOS. UN UGIER. *Detras* DOÑA URRACA.

Ugier. (*Anunciando.*) La reina!

Cas. (*Aparte.*) Si me habrá oido!

Trava. Señora...

D.ª Urraca. Por fin, conde, te vuelvo á ver. No pensaba que el de Aragon te pusiera tan pronto en libertad.

Trava. Lo mismo creí yo, pero don Alfonso ha tenido la generosidad de perdonarme.

D.ª Urraca. Perdonarte! luego tú te juzgabas criminal...! Conde! pudiste caer en su poder, es verdad; pero tu conciencia debió estar tranquila: el que defiende los derechos de su reina, nunca, nunca es

traidor. Dices que ha sido generoso! Cuán poco le conoces! su alma no es capaz de albergar tan noble sentimiento. Criado entre el estruendo de las armas, rodeado siempre de viles aduladores, que por desgracia abundan en los regios salones, huye como avergonzado de tratar con hombres nobles y sabios: solo la ciega ambicion le domina. Sacrilego y supersticioso al mismo tiempo, cree en adivinanzas y agüeros, y haciendo poco caso del divino culto, venera la execrable compañía de los apóstatas. Generoso! No recordais el número de víctimas inmoladas por ese monstruo? Jamas podrá olvidar Avila la crueldad de ese tirano, cuando sacrificó á sus ciudadanos.

Man. Ah! demasiado cierto es: bien me acuerdo: la ciudad se cubrió de luto y lágrimas: las madres buscaban á sus hijos: la tierna esposa, la sensible amante á las prendas de su corazon: mas ya habian desaparecido del suelo do poco antes, henchidas sus almas de placer, gozaron tanto!

D.ª Urraca. Monstruo abominable...!

Cas. Felizmente nunca ha gozado de mas tranquilidad que ahora el reino, libre ya de las guerras del aragonés.

D.ª Urraca. Temo todavía que medite nuevos planes: su ambicion no tiene límites, y estará esperando una ocasion favorable á sus designios. Algunos de vosotros tuvo mucha parte en que le conozca yo mas de lo que quisiera.

Trava. Señora .. la salud del reino entonces lo exigia.

D.ª Urraca. La salud del reino.. ! y la mia? Te disculpo, conde. Tú temias que el genio ambicioso y guerrero de Alfonso te privase de tus estados, no accediendo á lo que él proponia: por eso tal vez aconsejaste con otros á mi buen padre. Por fin se verificó esta union de intereses... los vuestros... yo fuí la víctima; mas qué importa? conquisté el amor de mis vasallos... en esto debe consistir el patrimonio de un rey. No es verdad que todos me quieren...? Vosotros lo debeis saber...

Man. Quién no os ha de amar, señora? No diré que algunos malévolos...

Cas. Nadie está libre de tener enemigos, y de ser víctima de sus hablillas.

D.ª Urraca. Y yo puedo ser una de ellas... no es asi?

Cas. Señora... no queria yo decir tanto...

D.ª Urraca. Tú no lo dijiste, mas yo te he comprendido. Sin duda tratan otra vez de nuevas asonadas; pero ay de aquel que caiga en mi poder si descubro sus intentos. Mientras me dejaba gobernar por los consejos del austero abad de Sahagun y del señor arzobispo don Diego Gelmirez, doña Urraca era la mejor reina...! Infames! Y despues que descubrí conspiraban contra mi persona, despues que les perdoné..., aun asi me injurian...! Este pago me dan por los favores que de mí tienen recibidos...? Miserables! Tiemblen de mi justa indignacion! Aun tengo fieles servidores que verterán en mi defensa la última gota de su sangre.

Cas. Y la mia... señora.

D.ª Urraca. La vuestra... Castro... vertedla en defensa de vuestro pretendido rey: yo no la necesito. Sí: hace tiempo que todo lo sé. No trato de vengarme; soy demasiado generosa. Pero tened entendido que es mia la corona, porque mi padre me la dejó al morir; y mientras yo viva, no reinará mi hijo, á pesar de los traidores.

Cas. Creeis...! (*Sobresaltado.*)

D.ª Urraca. Nada de lo que me digais. Despejad. (*A todos.*)

ESCENA V.

DOÑA URRACA, *sentada.*

Imaginaron los viles
que sus planes ignoraba,
y porque entonces callaba
que no les pude escuchar. (*Aparece el page.*)
Ah! todos me abandonaron!
Infeliz! un cetro de oro

de qué vale, si mi lloro
no puede un cetro enjugar...?

ESCENA VI.

DOÑA URRACA. EL PAGE.

D.ª Urraca. Aqui te hallabas, Fernando?
Page. Acabo de entrar ahora,
y solo escuché, señora,
que estabais vos suspirando.
D.ª Urraca. Ah! sí: recuerdos de un dia
en que felice yo era
me persiguen por do quiera,
y agitan el alma mia.
Sin poder de la memoria
borrarles solo un momento,
pues son mi mayor tormento
esos recuerdos de gloria.
Page. No lo presumí jamas.
Vos, señora, padecer...
una reina...!
D.ª Urraca. No es muger
como todas las demas?
Acaso porque su frente
de una corona esté ornada
no puede ser desgraciada?
Una reina... tambien siente.
Page. En lo que un tiempo creyera
ya veo que me engañé,
pues en verdad yo juzgué
que el único infeliz era.
D.ª Urraca. Tan jóven... y tienes penas...?
Cómo...!
Page. Para padecer
basta tan solo tener
sangre que hierva en las venas.
D.ª Urraca. Mas... qué causa tu dolor?
Acaso te han ofendido...?
Page. El que se hubiera atrevido

espada tengo, y honor.
Que nadie en vano mancilla
depósito tan sagrado,
pues aunque soy desgraciado,
la desgracia no me humilla.

D.ª Urraca. Pero cuál es ese mal
que te aflige? Soy tu amiga...

Page. Pues permitid que no os diga
este secreto fatal.

D.ª Urraca. Cómo! ocultármele á mí?
Quieres que le ignore yo...?
cuál es el secreto...

Page. Ah...! no:
dejad que le guarde aqui.
(*Señalando al pecho.*)

D.ª Urraca. Yo le guardaré tambien.
Te interesa mucho...?

Page. Tanto...
que es de mi vida el encanto,
tan solo mi único bien.
Es del alma la ilusion...!
quién al verla no la adora...!

D.ª Urraca. Luego es amor...?

Page. Ah...! señora...
la lengua me hizo traicion.
Á qué negarlo? yo vi
una muger que á este suelo
sin duda bajó del cielo
para atormentarme á mí.
Nada tenian de humano
sus formas; un angel era
de aquella celeste esfera
que habita un Dios soberano.
Era niña todavía,
su sonreir inocente,
y su pecho el fuego ardiente
del amor aun no sentía.
Tan pura y encantadora
cual del Abril la mañana,
cuando entre nubes de grana

empieza á reir la aurora.
Y entre azucenas y lirios
el alba sale llorando,
y con su llanto borrando
de la noche los delirios.
Yo enagenado veía
tantas gracias; pero luego
al ver sus ojos de fuego
suya fue el alma, no mia.
Y desde entonces presente
su imagen, por mi tormento,
es sombra del pensamiento
que está grabado en mi mente.
Y sin poderla olvidar
hasta dormido la veo,
y mi engaño del deseo
es víctima al despertar.
Verdugo de la memoria
que mi ensueño embellecia
al crear la fantasía
los placeres de una gloria.
Placeres puros cual son
los de una alma que á otra unida
forman tan solo una vida
de que es centro el corazon.
Perdonad mi desvarío:
si tan hermosa nació,
no tengo la culpo yo
de entregarla el albedrio.
Pudiera á tan dulce encanto
indiferente mostrarme?
pudiera sin abrasarme
ver correr su amargo llanto?
No: que nací para amar;
y si dorado veneno
contiene un vaso, otro lleno
de nectar puedo encontrar.

D.ª Urraca. Por cierto que ama el doncel
de veras... segun parece:
y quien ama asi merece

no se le muestren cruel.

Page. Teneis razon: pues qué fuera
sin gozar su amor la vida?
Una sombra aborrecida
que do quier me persiguiera.
Un padecer, sin sentir
lo que dentro el alma siente,
cuando delira la mente,
y empieza la sangre á hervir.
Pero no, que ella me adora,
y su amor y juramento
hace tan solo un momento
que me repitió, señora.

D.ª Urraca. Un momento...?

Page. Perdonad
el no haberos indiscreto
revelado este secreto:
aqui se halla esa beldad.

D.ª Urraca. En palacio la que amas...!

Page. Asi lo quiere el destino.

D.ª Urraca. Hasta ahora no imagino
cuál puede ser de mis damas...
Mas qué recuerdo...! sería...? (*Aparte.*)

Page. Apenas quince años tiene:
mirad qué hermosa...! alli viene.

D.ª Urraca. Leonor...? ya lo preveía! (*Aparte.*)

ESCENA VII.

DICHOS. LEONOR.

Page. (*Cogiéndola de la mano.*)
Ven, querida. La reina es sabedora
del secreto de tu alma, y de la mia.
Nada debes temer: en este instante
se lo dijo mi Fabio, encantadora.

Leonor. Es cierto lo que dices? Con que puedo
entregarme por fin á la alegría?

Page. En su presencia te hallas: de su boca
tú misma lo sabrás.

D.ª Urraca. Lance terrible...! (*Aparte.*)
Page. Mirad, oh reina, mi único tesoro!
ya que el amor ha unido nuestras almas,
aprobad esta union.
D.ª Urraca. Es imposible...!
Page. Qué decis...! imposible...!
Leonor. Oh Dios! qué escucho!
D.ª Urraca. Fernando...! una barrera te separa
de aquella que amar juras insensato,
y quieres conducir al pie del ara.
No puede ser tu esposa.
Page. Cielos...! qué oigo...!
D.ª Urraca. Y tú, niña inocente, que albergaste
una fatal pasion dentro del pecho,
con el olvido ya borra las huellas
de tan funesto amor.
Leonor. Con el olvido!
Juzgais acaso facil que se borre
su imagen hechicera de mi mente?
Ah! Señora... piedad! si habeis querido,
si amásteis una vez, recordad hora
tan delicioso tiempo! Cuando un dia
el mortal que adorabais al miraros
feliz entre sus brazos sonreía;
cuando enjugando vuestro ardiente lloro,
latiendo el corazon, turbios los ojos
con delirio esclamaba... yo te adoro...
decid, nada sentíais...? no causaban
mágico encanto entonces sus palabras,
y al circular mas rápida la sangre
á vuestro corazon no le quemaban?
D.ª Urraca. Cesa, cesa de hablar: yo te lo ruego.
Leonor. Os lastima mi mal? sin duda, oh reina,
amásteis tambien vos. Y acaso es crimen
querer á quien nos ama con delirio?
Si mi pecho perdió la dulce calma,
volvédsela por Dios! mirad que tengo
una plancha de hierro sobre el alma.
Page. No la mirais llorar? y no os conmueve?
D.ª Urraca. (Conmoverme! No saben los ingratos

la lucha horrenda que mi pecho siente:
mil ideas en él, todas contrarias,
con el ímpetu chocan de un torrente.) (*Ap.*)

Leonor. Una madre perdí; pero feliz
otra en vos encontré. Cuando en los brazos
me estrechabais un tiempo cariñosa,
olvidando, señora, mis pesares,
en mi interior decia... soy dichosa.
Me amásteis, no lo niego: os soy deudora
de cuanto tengo, sí, tambien es cierto.
Huérfana y sin amparo en este mundo,
sin vos hubiera de miseria muerto.
Pues bien: que os debe esta infeliz la vida
no se borra jamas de su memoria:
pero ah! que si colmais mi dicha entera
os deberá tambien... su alma y su gloria.

Page. Olvidareis acaso que criado
en vuestra corte desde niño he sido?
Ah! durante mis juegos infantiles
nadie fue de su reina mas querido.
Feliz entonces era... pero luego
turbó Leonor la paz del alma mia!
Sin padres como yo, niña, y hermosa,
necesitó un querer... yo la queria.
Pero tan solo nuestro amor supieron
las noches que meciéndose en su cuna
nuestras miradas dulces sorprendieron
al plateado rayo de la luna.
Mientras estabais entregada al sueño,
y un profundo silencio aqui reinaba,
me sonreía un porvenir risueño,
y extasiado sus gracias contemplaba.
Ninguna noche entonces era oscura,
pues si ocultaba un sol sus resplandores,
de otro sol alumbraba la luz pura,
cuyos rayos tambien eran mayores.
Y acaso destruir querreis, señora,
de ilusiones un mar que alimentaban
su corazon y el mio, en el momento
que por mi mente hermosas resbalaban?

No puede ser: á vuestros pies postrado
lo pido por piedad.

Leonor. Podreis, oh reina,
negar este favor! (*Se arrodilla.*)

D.ª Urraca. Qué haceis! Oh cielo! (*Aparte.*)
Levantad, levantad.

Leonor. Quietos estamos
hasta que á el alma deis algun consuelo.

D.ª Urraca. (Desgraciados! y yo mas desgraciada,
que les debo ocultar lo que padece
mi corazon. Gran Dios! si les dijera...
el pensarlo tan solo me estremece!
No, jamas. Infelices! es preciso
como reina mandar.) Todo es en vano:
he dicho que Leonor no será tuya,
pues hace tiempo que ofrecí su mano.

Leonor. (*Levantándose.*)
Ya acabó para mí toda esperanza!

Page. (*Levantándose.*)
Su mano ofrecer vos? con qué derecho!
Os le dan por ventura justas leyes...?
Al corazon y al libre pensamiento
jamas pudieron sujetar los reyes.
Qué importa la ofrecierais si era mia,
y de su amor eterno estoy seguro!
No temo á ese rival, y de sus brazos
al pie del ara arrebatarla juro.

D.ª Urraca. Insensato! qué dices! Y te atreves
á jurar de tal modo en mi presencia?
Sal de mi corte al punto desterrado,
por castigo debido á tu imprudencia.

Leonor. Piedad...! por Dios!

D.ª Urraca. Aprendan los vasallos
á respetar á un rey. (Ah! cuánto siento
su dolor!) Ven conmigo. (*A Leonor.*)

Leonor. A Dios, Fernando!

Page. No olvides, Leonor, tu juramento!

JORNADA SEGUNDA.

Cámara de don Gutierre de Castro.

ESCENA PRIMERA.

DON GUTIERRE DE CASTRO. DON GOMEZ DE MANZANEDO.

Cas. Lo que dijo doña Urraca
no oísteis vos, Manzanedo?
No observásteis con qué orgullo
nos respondió? Segun creo
la reina se halla enterada
de todos nuestros proyectos.
Man. Es imposible. Quién, Castro,
los puede haber descubierto,
si solo pocas personas...
Cas. Don Gomez! mucho lo temo,
pues los mismos que conspiran
suelen ser el instrumento
de que se valen los reyes
para el sosten de su cetro.
Y no me sorprenderia
vendiese alguno el secreto,
porque un rey tiene tesoros,
y le acata todo un pueblo.
Man. Sin embargo: me parece
que á pesar de los esfuerzos
de la reina doña Urraca,
se la quitará el gobierno.
Es en verdad vergonzoso
el estar, Castro, sujetos
al capricho de un privado.
Cas. Poco durará su imperio.

Sin duda alguna, al de Lara
en sus dorados ensueños
le pareció que podria
subir hasta el mismo cielo;
pero ignora el insensato
que si remonta su vuelo,
puede sus alas de cera
derretir un sol de fuego.

Man. Mas cómo se atrevió el conde
á pretender...

Cas. Le engrieron
los favores de la reina,
pues sucedió en aquel tiempo
la muerte de Candespina,
que fue su amante primero.

Man. Pobre conde! Me parece
que hora mismo le estoy viendo,
cuando el infeliz murió
de mil heridas cubierto,
y abandonado de Lara,
que salió del campo huyendo
por conocer que vencia
el de Aragon.

Cas. Es muy cierto.
Y quedó solo don Gomez
con muy pocos caballeros,
que en los campos de Castilla
como valientes murieron.

Man. Tambien entonces se dijo,
si yo muy mal no me acuerdo,
que de la amistad del conde
con la reina...

Cas. Ya os entiendo.
Mas sin duda fueron voces
con muy poco fundamento,
porque se hubiera sabido,
y mas... despues que él ha muerto.

Man. Teneis razon; pero ahora
mucho importa que arrojemos
del poder á los de Lara,

principalmente á Don Pedro;
porque de otro modo, Castro,
no logramos nuestro objeto.

Cas. Pues bien: ya viene el de Trava,
y del asunto hablaremos.

ESCENA II.

DICHOS. EL CONDE DE TRAVA.

Man. Se halla, conde, prevenida
toda la gente?

Trava. Sí tal.
Cuando demos la señal,
don Pedro pierde su vida.

Cas. Señores... no es mi opinion
que al de Lara muerte den:
yo le metiera mas bien
en una oscura prision.
Pues nos puede revelar
secretos de alta importancia,
y hasta abatir su arrogancia
no le quisiera matar.

Man. Tambien soy de parecer
de que cargado de hierro,
en lóbrego hediondo encierro,
recuerde lo que era ayer.

Cas. Decid: se habrán escondido
los conjurados en donde
no pueda verles el conde...?

Trava. De todo les he advertido.
Que apenas despunta el dia
cuando don Pedro de Lara
de la reina se separa
sin ninguna compañía.
Y entonces ellos, que acechan
momento tan oportuno,
sin causarle daño alguno
de la ocasion se aprovechan.

Man. Y la reina...?

Trava. Su persona
es preciso asegurar
para hacerla renunciar
en su hijo la corona.
Ya reinó tiempo bastante
desde la muerte del rey,
dando á Castilla por ley
los caprichos de un amante.

ESCENA III.

DICHOS. NUÑO. GARCÉS. SOLDADOS 1.° *y* 2.° *que traen en medio al* PAGE.

Trava. Qué ocurre, Nuño...?
Nuño. Venia
solo á deciros...
Trava. Qué...! vamos.
Nuño. Á este jóven encontramos
que de palacio salia.
Page. Ciertas mis sospechas fueron. (*Aparte.*)
Trava. Quién sois, jóven...?
Page. Un mortal
á quien los genios del mal
hacer infeliz quisieron.
Cas. Y adónde vas...?
Page. Desterrado:
no creais es por traidor,
sino por tener amor.
Nuño. Pues no es pequeño el pecado.
Man. Y quién te destierra asi...?
Page. Disimular me conviene. (*Aparte.*)
Una señora, que tiene
mucho poder sobre mí.
La reina.
Cas. Me has sorprendido.
Desterrarte porque amas...?
Page. Como es una de sus damas...
Cas. Entonces lo has merecido.
Mas sin embargo, á tu edad

no es un delito el querer.
No sé cómo una muger
tuvo tanta crueldad.

Nuño. Y si mandase una ley
desterrar á los amantes,
todas ellas delirantes
conspiraran contra el rey.

Cas. Sabeis lo que digo, Trava...? (*Aparte.*)
que mucho en esta ocasion
puede hacer...

Trava. Teneis razon: (*Aparte.*)
lo mismo, Castro pensaba.
Procuremos descubrir...

Page. Todos atentos me miran: (*Aparte.*)
sin duda alguna conspiran.
Muy útil será fingir.

Cas. Sin embargo, aun querrás
á doña Urraca. No es cierto?

Page. Si es ella la que me ha muerto,
la puedo querer...? jamas.

Cas. Mas no es tu reina tambien?

Page. Pero qué importa lo sea
si no desecho la idea
de que me roba mi bien.
Si dos tiernos corazones
en destrozar se complace:
y es ella la que deshace
mis doradas ilusiones.

Cas. Y segun eso el rapaz
se vengara si pudiera?

Page. Cuando ocasion yo tuviera
no la despreciara asaz.

Cas. Y nada te importaria
su ruina habiendo fraguado
ser por los suyos llamado
inhumano?

Page. No á fé mia.
Qué me importa la opinion
que formen de mí en la tierra,
si ardid se llama en la guerra

lo que fuera en paz traicion?

Cas. Quereis contemos con él? (*Aparte á Trava.*)
Á nuestro intento conviene.

Trava. Sí, Castro, pues trazas tiene (*Ap. á Castro.*)
de ser valiente el doncel.

Cas. Pronto, jóven, te prometo
que saciarás tu venganza,
mas tambien la mia alcanza
al que descubre un secreto.
Doña Urraca perderá
la corona que mancilla,
y de Leon y Castilla
don Alfonso rey será.
Y ese Lara envanecido
con su colosal poder,
que nunca piensa caer
de la altura á que ha subido,
ese hombre tan ambicioso,
cuando menos lo presuma,
su lecho, que hoy es de pluma,
será un cadalso afrentoso.
Y tiemblen esos privados
que á las naciones dan leyes,
por el manto de los reyes
en su corte cobijados.
Que si un dia fue propicio
á su delirio y pasion,
suele tambien la ambicion
estrellarse en el suplicio. (*Vanse.*)

Page. Qué feliz descubrimiento!
Sus planes he de frustrar,
y al conde puedo salvar
avisándole al momento.
La reina mi mal causó;
pero aunque ahora recuerdo
que por ella mi bien pierdo,
no puedo vengarme yo!

ESCENA IV.

Cámara de palacio con dos puertas laterales.

LA REINA. LEONOR.

D.ª Urraca. Cuándo dejaré, Leonor,
de verte triste y llorosa?
cuándo de tu faz hermosa
desparecerá el dolor?
Leonor. Ah! señora! desparecen
en el rostro las señales;
pero del alma los males
en vez de aliviarse crecen.
Pues con el tiempo quizás
suele cerrarse una herida;
pero la sangre vertida
no se recobra jamas.
D.ª Urraca. Y pretendes por ventura
nunca borrar de la mente
esa pasion tan ardiente
que marchita tu hermosura?
Leonor. Y ya qué me importa á mí
perder lo que el tiempo acaba,
si al mortal que mas amaba
para siempre le perdí?
Si el porvenir que risueño
á mi vista se ofreció,
tambien desapareció
al despertar de mi ensueño?
Y acaso olvidar pudiera
al único ser que ha hecho
palpitar de amor mi pecho,
siendo mi ilusion primera?
D.ª Urraca. Qué dices! cómo! y quizás
de otro corazon al lado
el tuyo no ha palpitado?
Leonor. Nunca: por él nada mas.
D.ª Urraca. Y siempre le hizo latir

un hombre...! y una muger...?

Leonor. No puedo yo comprender
lo que me quereis decir.

D.ª Urraca. Una madre...!

Leonor. Ah! triste suerte!
por qué me lo recordais,
si en mi infancia no ignorais
me la arrebató la muerte?
Sus amorosas caricias
no llegué nunca á gozar,
y hora debo renunciar
de otro amor á las delicias.
Si viviera... ah! con demencia
entonces...

D.ª Urraca. Qué!

Leonor. La amaria,
y á su amor consagraria
mi envenenada existencia.
Pues no puede todo el oro
de vuestra corte brillante
hacer que olvide un instante
la madre que muerta lloro.

D.ª Urraca. Y si acaso no murió...?

Leonor. Su muerte fue verdadera.

D.ª Urraca. Y engañarte no pudiera
la muger que te crió...?

Leonor. Ah! qué decis...?

D.ª Urraca. Ó tal vez
en las guerras de Aragon
contra Castilla y Leon
se encargó de tu niñez.

Leonor. Por Dios! no me hagais creer,
para hacerme mas penar,
que puedo aun encontrar
la madre que me dió el ser.
Mas no: que si en este suelo
tuviera su mansion ella,
atendiendo á mi querella
viniera á darme consuelo.
Me abandonara insensible

á mi dolor y quebranto,
sabiendo la quiero tanto...
una madre? es imposible.

D.ª Urraca. Ya no puedo mas. No llores.
Aun, Leonor, no ha muerto.

Leonor. Qué decis...? mi madre...! es cierto...?

D.ª Urraca. Cesen por fin tus dolores.

Leonor. Vive aun, vive, y cruel,
su muerte habiendo llorado,
á mis ojos se ha ocultado
llenando mi alma de hiel!

D.ª Urraca. No la culpes. Si supieras
los tormentos que ha sufrido...!
por no perderte ha tenido
que ocultar que su hija eras.
Atroz lucha combatia
su alma, y la destrozaba,
pues el amor la mandaba
lo que á el honor se oponia.

Leonor. Honor terrible y fatal!
arbol que contra arbol choca,
cuya corteza sofoca
hasta el amor maternal.
Pero no puedo saber
dónde...

D.ª Urraca. Sí: ya no abandona
su hija por la corona,
ni por su regio poder;
pues hace tiempo bastante
que amargo llanto derrama.
Esa madre que te ama
es...

Leonor. Ah! decidlo al instante.
Quién es la que el ser me dió?
por Dios! su nombre, señora...!

D.ª Urraca. Pues la madre que te adora...
tu madre...

Leonor. Pronto...!

D.ª Urraca. Soy yo. (*Se arroja en sus brazos.*)

Leonor. Madre del alma!

D.ª Urraca. Hija mia!
Leonor. Qué feliz soy!
D.ª Urraca. Dulce bien...!
tú lloras...
Leonor. Madre! tambien
hay lágrimas de alegría.
D.ª Urraca. El de Lara...! qué será...! (*Aparte.*)
(*Lara aparece por la puerta de la derecha.*)
Leonor. Qué mirais? Un hombre ha entrado.
D.ª Urraca. No importa. Asuntos de estado
le traen: márchate ya.
Muy pronto á buscarte iré.
Leonor. No tardeis mucho. Me voy.
Oh cielos! qué feliz soy,
pues una madre encontré!

ESCENA V.

LA REINA. DON PEDRO GONZALEZ DE LARA.

D.ª Urraca. Qué ocurre, Lara...?
Lara. He venido
á verte, Urraca, al instante,
porque un secreto importante
por un soldado he sabido.
D.ª Urraca. Qué dices...?
Lara. He descubierto
una gran conspiracion.
D.ª Urraca. Cómo!
Lara. Los traidores son
algunos grandes.
D.ª Urraca. Es cierto...?
Lara. Castro, Manzanedo y Trava
los principales.
D.ª Urraca. Malvados!
Por eso estaban callados
hoy cuando yo les hablaba.
Lara. Me quieren prender á mí
primero, y luego despues
sin duda piensan los tres

apoderarse de tí.

D.ª Urraca. Infames! cuál es su intento?
Tambien contra mi persona!

Lara. Que renuncies la corona
con solemne juramento,
pues la quieren colocar
á tu hijo Alfonso en las sienes.

D.ª Urraca. Y quiénes son ellos, quiénes,
para hacerme renunciar?
Si esa ambiciosa grandeza
dominar quiere á Castilla,
del verdugo la cuchilla
derribará su cabeza.
Y no permitiré, no,
sus fueros; porque tambien
si ellos son grandes, sosten
de su grandeza soy yo.
Conspiran aun...? Traidores!
el fuego otra vez encienden
con que arrojarme pretenden
del trono de mis mayores,
y por lograr su ambicion
se valen por la mañana
de adulacion cortesana,
por la noche... de traicion!

Lara. Es preciso no perder
el tiempo: debo marcharme
y...

D.ª Urraca. Cómo! quieres dejarme?

Lara. Sí: mas pronto he de volver.
Son muchos mis enemigos
para dejar de partir.

D.ª Urraca. Dónde vas...?

Lara. Á reunir
mis partidarios y amigos.
Y á los que humillarme quieren
yo entonces humillaré,
y en su sangre vengaré
las ofensas que me hicieren.
Y pues merecen el yugo

que les prepara mi encono,
si no respetan tu trono
respetarán al verdugo.

D.ª Urraca. Desde que murió mi padre
todo el mundo me abandona,
y hasta mi hijo ambiciona
reinar viviendo su madre.
Ah! sin duda la ambicion
es el mas fuerte enemigo
para que arrastre consigo
al hijo del corazon.

Lara. Los que á los reyes incitan
son los grandes altaneros
y pérfidos consejeros
que los palacios habitan.
Sin importarles jamas
mientras consiguen su intento
mirar desde su alto asiento
la ruina de los demas.
Ellos sin duda al nacer,
porque nacieron con nombre,
se figuraron que el hombre
su esclavo debiera ser.
Pero como no pudieron
dominarle cual pensaron,
la guerra le declararon,
y los tesoros vencieron.
Mas si aun piensan vencer,
porque tienen la riqueza,
para abatir su altiveza
el pueblo tiene poder.
Esta noche de Leon
me voy, Urraca, á marchar.

D.ª Urraca. Tan pronto?

Lara. Quiero llegar
con brevedad á Monzon.
Saldré cuando no me vean,
y asi quedarán frustrados
los planes de esos malvados
que hora humillarme desean.

Mas no lo lograrán, no.

D.ª Urraca. Me dejas, cuando creía
llegaba el ansiado dia.

Lara. Te dejo: mas ya llegó.
Si á ese enlace tan dichoso
siempre me opuse constante,
fue porque el nombre de amante
quise mejor que el de esposo.
No dijeran me enlazaba,
Urraca, con tu persona
porque una regia corona
con su brillo me ofuscaba.
Pero ya que su traicion
no se nos puede ocultar,
se debe verificar
esta noche nuestra union.
Y entonces contra el poder
de esa grandeza orgullosa,
como á mi reina y esposa
te puedo yo defender.

D.ª Urraca. Cómo! esta noche!

Lara. Sí: ya
se halla todo prevenido,
y un sacerdote he traido
que esperándonos está.
Ven, y jura al pie del ara
de palacio en la capilla
el ser reina de Castilla
la tierna esposa de Lara.

D.ª Urraca. Vamos, pues, y luego, conde,
verás la hija querida
á quien lloraste perdida.

Lara. Mi hija! dónde está, dónde?

D.ª Urraca. Aqui mismo.

Lara. Hija adorada!

D.ª Urraca. La traje cuando murió
la muger que la crió.

Lara. Mi dicha al fin es colmada!

D.ª Urraca. A esta muger criminal
perdona, Dios poderoso!

porque teniendo un esposo
pudo amar á otro mortal;
pues el que mi amante fue
mi esposo ahora será.
Perdon, cielos, perdon ya,
si á un juramento falté!
(*Lara se la lleva de la mano.*)

ESCENA VI.

LEONOR.

Dónde está? Sin duda
se olvidó de mí:
qué importa! ya debe
muy pronto venir.
Ayer en el mundo
sin madre me vi:
Ayer era un dia
de amargo vivir;
mas hoy cuando miro
sonrisa sutil
de madre amorosa
que muerta creí
mecerse en los labios
de rosa y rubí,
mis penas olvido,
y soy muy feliz.
Mas ay! que á un amante
por siempre perdí:
Fernando del alma!
ya no oigo latir
el pecho que tierno
suspira por mí:
y no ven mis ojos
su talle gentil,
ni su dulce labio
podrá repetir
te adoro, bien mio,
yo muero por tí:

sin su amor la vida
tan solo es gemir;
pues tengo una madre,
y aun nó soy feliz!
De la corte lejos
mi edad infantil
entre blancos lirios
deslizarse vi:
y el alba que hermosa
empieza á reir
y á la flor da vida
me la daba á mí.
Mas hoy ese cetro
de oro de ofir,
y hermosa diadema
con tanto matiz
que miro en tus sienes
¡oh madre! lucir,
me roba un amante
y aun no soy feliz!
Perdona, mi madre,
si me oyes decir
que aun no soy dichosa
teniéndote á tí:
qué recuerdo! á un padre...
jamas conocí:
un padre...! Dios mio!
de amante desliz
el mísero fruto
sin duda yo fuí:
terrible martirio...! (*Se sienta.*)
ah! triste de mí!
me siento rendida,
quisiera dormir
á ver si en el sueño
soy yo mas feliz.
(*Queda dormida, y un momento sola la escena.*)

ESCENA VII.

LEONOR, *dormida.* LA REINA. EL CONDE DE LARA.

Lara. Por fin ha llegado el dia
en que me hiciste dichoso.
D.ª Urraca. Tú llenas, querido esposo,
de placer el alma mia.
Lara. Que tiemble todo traidor,
y los grandes, porque ya
el que conspire será
víctima de mi furor.
Urraca! me marcho ahora:
pero qué miro! dormida
una jóven... por mi vida
que es bella y encantadora.
D.ª Urraca. Leonor...? (*Llamándola.*)
Leonor. Quién... ah! mi madre...! (*Despertando.*)
Lara. Su hija!
D.ª Urraca. Y tuya tambien.
Lara. Gran Dios! á mis brazos ven.
Leonor. Qué feliz soy! tengo un padre! (*Cae el telon.*)

JORNADA TERCERA.

Cámara del rey don Alfonso en Toledo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE TRAVA. DON GOMEZ DE MANZANEDO. EL OBISPO DON DIEGO GELMIREZ.

Gel. Con que aun no ha venido don Gutierre, conde?

Trava. Aun no, señor obispo. Se halla todavía en el castillo de Mansilla, donde tiene preso al que ayer obedecia Castilla como á su soberano.

Gel. Esa es, conde, la rueda de la fortuna! pero... decidme: de qué medio se valió Castro para apoderarse de Lara?

Man. Primero trató de prenderle á la salida del cuarto de la reina; pero es regular que lo sospechase don Pedro, porque precipitadamente se marchó á Monzon, mas no con tanto sigilo que no lo supiese don Gutierre, que fue en su seguimiento. Alli quiso defenderse con los suyos; pero le cercaron, y al fin tuvo que rendirse.

Gel. Mucho se alegró don Alfonso cuando supo la noticia.

Trava. Oh! con razon. El conde podia perjudicar mucho á sus intereses. Como influía tanto en el ánimo de la reina, esta se hubiera guiado por sus consejos, y tal vez á la sazon don Alfonso no sería rey de Castilla.

Gel. Decis bien. Era muy osado, y se hubiera opuesto á que doña Urraca renunciase en su hijo la corona.

Man. Sabeis, conde, que aun no se me ha quitado el susto del dia en que creí caer en sus manos...

Trava. Fue apurado el lance.

Gel. Quién la diria á doña Urraca que en las torres de Leon, donde tantas veces se ha salvado, al fin tendria que rendirse, y renunciar en don Alfonso el derecho al cetro?

Man. Cuando la grandeza de Castilla intenta una cosa, siempre lo consigue.

Trava. Ah! por supuesto. Sin embargo, no debiamos haber tolerado que se deje á doña Urraca reinar con su hijo.

Gel. No os dé cuidado. Entonces era preciso tener algun acatamiento á la reina, en atencion á ser ella la señora propietaria; y por eso don Alfonso solo tiene el reino de Toledo, y en lo demas es igual con su madre. Pero creeis que siempre dividirá con ella el poder...? Yo creo que no durará mucho; y aun en la actualidad, qué es doña Urraca? Reina... sí; pero no mas que en el nombre.

Man. Ahora lo habeis dicho. Cada dia se va aumentando el partido de don Alfonso. Ayer mismo ha llegado á la corte el conde don Suero Vistrauri, caballero de Asturias, y don Gonzalo Pelaiz, gobernador de Astorga, con otros muchos ricos-homes y grandes del reino: en breve no quedará á doña Urraca un solo partidario.

Gel. Asi lo creo. El rey, aunque jóven, gobierna con tanto tino y sabiduría, que atrae á su partido aun á los mas descontentos. Perdonando á los que en las torres de Leon no le querian jurar por su soberano, ha conseguido que la mayor parte vinieran á ponerse á su servicio.

Trava. Hoy aun no se ha levantado. Anoche se acostó bastante tarde para escribir á su tio don Guido, llamado Calixto II desde que fue elegido sumo pontífice.

Gel. Mucho ha favorecido su santidad al rey con su autoridad y poderío.

Man. (*Mirando hácia dentro.*) Señor obispo, parece que ya se ha levantado.

Gel. (*Mirando hácia dentro.*) Á ver... teneis razon.
Entraremos á besarle la mano.

ESCENA II.

En el castillo de Mansilla.

EL PAGE, *vestido de soldado.*

Cuando sale desterrado
sin declararle traidor
aquel que un tiempo ha gozado
de los reyes el favor,
se llama razon de estado.
Mas cuando al quitar un fuero
por dar vigor á la ley
muere el noble y el pechero,
siendo en verdad justiciero
cruel es llamado el rey.
Pues hoy cobija propicio
bajo su manto de grana
en pago de algun servicio
al mismo que á vil suplicio
condenar piensa mañana.
Oh reyes! si asi pagais
á los fieles servidores
cuando los necesitais,
por qué los aletargais
con esos vanos honores?
Y que es debido al talento,
ó servicios, tal vez piensan,
sin saber son instrumento
de aquellos que les inciensan
porque ayuden á su intento.
Yo vivia, Leonor,
tan solo para quererte,
y era mi vida tu amor.
Dónde hay martirio mayor
que siendo amado perderte?
Destino fatal é impío

deshace mis ilusiones;
y por ventura, angel mio,
no pueden dos corazones
derrocar su poderío?
No pueden... ah! yo vivia
feliz porque no creía
en un porvenir dorado,
pero entonces ¡desgraciado!
no conocí que dormia.
Y toqué la realidad
al despertar de mi ensueño,
pues vi la felicidad;
pero era yo muy pequeño
para tanta inmensidad.
Y aunque con delirio insano,
muger divinal, te adoro,
tal vez obtendrá tu mano
cubierto de galas y oro
corrompido cortesano.
Ah reina! la causa fuiste
de que perdiera mi bien;
mas luego al tuyo perdiste,
y ya no le miras, triste,
ser de tu trono el sosten.
Hasta vasallos tenia,
porque un palacio habitaba:
y hoy yace en prision sombría
el que una reina adoraba,
y la grandeza temia.
El hombre cuando domina
á los demas, no imagina
que en su daño lo convierte,
creyendo que con la muerte
tan solo el poder termina.
Pero en el mundo, mortales,
de la fortuna el vaiven
os hace á todos iguales,
y cada pequeño bien
hoy suele costar cien males.

ESCENA III.

EL PAGE. NUÑO.

Nuño. Qué haceis, Fernando? por mi vida que andais siempre triste. Desde que entrásteis al servicio de mi buen amo don Gutierre de Castro, no os he visto reir. Y es estraño á la verdad. Tan jóven... vamos. Aun no habeis podido olvidar la muger que causó vuestro destierro? Pobre muchacho!

Page. Qué os importan mis males? dejadme con ellos, y vos marchad á cumplir con vuestro deber.

Nuño. Oigan...! Voto á brios que hoy le ha entrado de lleno la locura...! por unos amorcillos... bah...!

Page. Ya os he dicho que calleis: de lo contrario perderemos las amistades.

Nuño. Estais insufrible! Bien: puesto que asi lo quereis, nada os diré. Á pesar de vuestro enojo os estimo demasiado para querer teneros por enemigo. Pero no me he de afligir al ver que os entregais á esa melancolía en lugar de venir á acompañarme con otros amigos á desocupar unas cuantas vasijas... Ah...! si vierais qué bueno le tenemos! Como que se le regalaron al amo. Ahora mismo voy á... vamos: venid, y tendreis un rato de alegría.

Page. Os lo agradezco, Nuño.

Nuño. Mirad que toda es buena gente. Hasta el alcaide de la prision del conde de Lara gusta de cuando en cuando...

Page. Cómo...! tambien acostumbra...

Nuño. Es una cuba. No sé cómo á tales hombres se encarga la custodia de un preso de tanta importancia como el señor conde; y asi no estrañaré que el mejor dia...

Page. Cómo...?

Nuño. Porque cuando se separa de nosotros se echa á dormir á pierna suelta; á la verdad no está para otra cosa; y suele dejar por cualquier parte las llaves; y como la prision del conde tiene dos puer-

tas, por la una facilmente se le puede escapar el pájaro.

Page. Y por la otra... no es facil... eh?

Nuño. De ningun modo. Aquella está segura, porque don Gutierre tiene las llaves.

Page. (Un proyecto me ocurre.)

Nuño. Ea! venid, y vereis al mejor bebedor que tenemos en Castilla.

Page. No: que os aproveche, buenNuño. (Voy á ver si consigo mi intento.)

ESCENA IV.

Prision del conde don Pedro de Lara en el castillo de Mansilla; el conde estará con cadenas. Una lámpara alumbrará la escena: dos puertas á los lados.

EL CONDE. DON GUTIERRE DE CASTRO.

Lara. Te vienes hora á gozar,
miserable, en mis tormentos?
horror me causa el pensar
que tan viles sentimientos
una alma pueda abrigar.

Cas. Nunca en vano hiciera alarde
de mi poder y grandeza.

Lara. Y es esa, di, tu nobleza?
Siempre el traidor es cobarde,
capaz de cualquier vajeza.

Cas. Y aun te atreves ¡oh Lara!
á insultar de esa manera...?

Lara. Quién, Castro, no se atreviera...

Cas. Sabe pues que te separa
de mí, conde, una barrera.

Lara. Dices muy bien. Con honor
á mi patria yo serví,
y sin ser adulador
á su reina nunca fuí,
cual fueron otros..., traidor.
Y no pagué los favores

que me hiciera su persona
por conseguir mas honores
quitándola la corona
que heredó de sus mayores.
Y tú, monstruo...!

Cas. Calla ya:
bastante tiempo ha sufrido
la grandeza al que engreido
con su poder fue quizá
quien destruirla ha querido.
Y en el porvenir risueño
que ayer forjaba la mente
en su fantástico ensueño
creyó verse de repente
de Castilla único dueño.
Y creyó poder llegar
hasta un trono vacilante,
tratándose de enlazar
con la que por ser su amante
tuvo un rey que repudiar.
Di: no eras tú quien ayer
con su privanza orgulloso
ostentabas tu poder,
queriendo ser el esposo
de esa criminal muger?
El que pensaba ser rey
para dominar tirano,
sin sujetarse á la ley,
al valiente castellano
cual una mísera grey?
Mas hora desde el encierro
en que yaces sepultado
contempla tu horrible estado,
pues tus galas y oro, en hierro
para siempre se han trocado.
Y en él no distinguirás
la noche del claro dia;
y ¡conde...! tocando estás
con tus pies... la tumba fria
que pronto abierta verás.

Lara. Infame! calla: bastante
te has recreado en mis penas
con ese tono insultante,
por mirar que en este instante
sujeto estoy con cadenas.
Piensas traté de ocupar
el cetro y regio dosel,
haciendo en mí despertar
los deseos de reinar
todo ese vano oropel?
Lara jamas ambiciona
la púrpura del monarca.
De qué sirve la corona
si tambien la fiera parca
ni aun á los reyes perdona?
Me sedujera demente
aquese trono esplendente
de pompa y encantos lleno,
si bajo un brillo aparente
mejor se oculta el veneno...?

Cas. Me negarás que anhelaba
ser tuya la reina? di.

Lara. Entonces no descubrí
á nadie lo que intentaba,
y ahora... menos á tí.

Cas. Guarda el secreto: no imploro
saber tus inicuas tramas.
Todo lo sé: nada ignoro,
y esa muger á quien amas
mas que tú aun... yo la adoro.

Lara. Amarla tú!

Cas. La amé un dia,
mas se frustró mi esperanza,
porque á otro mortal queria;
y al saber me aborrecia,
juré, sí, tomar venganza.
Y que tu enemigo fuera
pudiste necio creer,
si zeloso no estuviera...!
Ah! si su amor consiguiera

yo te dejara el poder.

Lara. Pues ahora tu traicion
mucho mas me ha horrorizado.
Es negro tu corazon,
y un angel de bendicion
no puede amar á un malvado.

Cas. Eso respondes? Muy bien:
del triunfo te hallas seguro?
pero de ese amor tan puro
cual otro tiempo... tambien
que no gozarás te juro.
Pues hora, conde orgulloso,
me doblarás la rodilla.

Lara. Á un traidor jamas se humilla
el que es noble y esposo
de la reina de Castilla!

Cas. Pues tiembla ya: desgraciado!
ese importante secreto
debiste haber ocultado,
pero tú le has revelado
y morirás... lo prometo.
Pon en Dios tu confianza...!
pues pronto verás cumplida
de tu rival la venganza.

Lara. Venga, venga sin tardanza.
De tí ni aun quiero la vida.

(*Don Gutierre cierra con impetu la puerta de la izquierda, y por la derecha sale el page.*)

ESCENA V.

EL CONDE. EL PAGE.

Page. No morireis!

Lara. Qué escucho!

Page. Yo lo digo.
Del bárbaro furor de ese tirano
os salvaré, don Pedro.

Lara. Y tú quién eres?

Page. Qué os importa mi nombre? Un desgraciado,

que al saber el peligro que amenaza
vuestra vida... trató de libertaros.

Lara. Es cierto por ventura?

Page. Señor conde!
os lo he dicho, y jamas miente mi labio.
Salid por esa puerta del encierro
en que os tiene sumido ese malvado.
Esta es la llave. Sin temor alguno
evadiros podeis.

Lara. Oh! cielos! cuándo?

Page. Al momento, señor.

Lara. Y el carcelero?

Page. No temais: sin ser visto os pondré en salvo.
Huid al punto, huid de este recinto
si morir no quereis en un cadalso.

Lara. Pero no me dirás por qué motivo
en verme libre te interesas tanto?
si tambien la desgracia te persigue?

Page. Y pudiera ser yo feliz acaso
porque el esposo de la reina Urraca
muriera en un suplicio? Aunque soldado,
abriga el alma nobles sentimientos.
Infeliz puedo ser, mas no inhumano.
No tardeis un momento. Marchad, conde,
de aquella esposa que adorais al lado.

Lara. Cómo! tambien tú sabes...?

Page. Lo ignoraba,
y oí lo que dijisteis al de Castro.
Á la corte volved; pero infelice
si aduladores viles cortesanos
al punto de ella no alejais. Infames!
víboras son que matan con halagos.
Yo vi tambien feliz en otro tiempo
el brillo seductor de los palacios.
Mas qué miro! aun no he roto las cadenas
que oprimen fuertemente vuestros brazos...
Ya estais libre. (*Se las quita.*)

Lara. Con qué podré pagarte
lo que te debo...? Ya de nada valgo.
Ayer un reino gobernaba, jóven:

ayer tuvo tesoros y vasallos
el que en su patria es hoy un estrangero
que en otro clima buscará un amparo.

Page. Mas no ireis á la corte de la reina?

Lara. Y pudiera ser yo tan insensato
que otra vez me entregara á mis verdugos?
No la veré algun tiempo! Desgraciado!
Tampoco á mi Leonor. Hija del alma!
cuándo podré estrecharla entre mis brazos?

Page. Qué habeis dicho! Leonor...?

Lara. Qué te sorprende?
Si dije es hija mia..., á qué negarlo?
bastante tiempo se guardó el secreto,
aunque se hallaba de su madre al lado.

Page. Es su hija... Gran Dios!

Lara. Qué! la conoces?

Page. Ah! señor! perdonad á un temerario
que no supo jamas...

Lara. Yo no te entiendo.
Perdonarte... de qué?

Page. De haberla amado.

Lara. Es posible? qué dices...?

Page. Yo ignoraba
tuviera padres la que quise tanto.
Sabed que de la reina doña Urraca
ha sido page el que hoy es un soldado.

Lara. Pues cómo...!

Page. Al descubrir que la adoraba
me desterró cruel de su palacio.
Y aunque borrar pretendo de la mente
su imagen hechicera, es todo en vano.
Desde entonces, señor, aun mas la adoro.
Y pudiera dejar de amarla acaso
si fue del alma la ilusion primera
por quien mi pecho solo ha palpitado?

Lara. Y ella te amaba...?

Page. Asi me lo decia,
y de un angel no miente nunca el labio.
Os ofendo tal vez. Perdonad, conde,
al que su vida espuso por salvaros.

No recordais el dia en que os dijeron
intentaban prenderos los malvados...?
Yo lo supe, y al punto os di el aviso:
en mí reconoced aquel soldado...

Lara. Tú fuiste tambien? Ah! deja que abrace
al esposo de mi hija.

Page. Cielo santo!
pudierais por ventura...

Lara. Sí: pretendo
unirte á Leonor con dulces lazos.
En la desgracia se conoce al hombre,
y á despreciar se aprende el brillo vano
de encantado poder. Marcha á la corte,
y al saber doña Urraca me has salvado,
dueño te hará de la muger que adoras.

Page. Y si se opone?

Lara. No tengas cuidado.
La reina me ama; y quien salvó mi vida
tan solo es digno de obtener su mano.
Este anillo ademas hará te crea
como á mí mismo. Á Dios! hijo adorado!

Page. Ese nombre cuán bien suena en mi oido!

Lara. No hay que perder el tiempo. Yo me marcho
á Barcelona, pero pronto espero
á Castilla volver.

Page. Leonor! mi encanto!
Si al tierno amante un padre al fin te vuelve,
yo te vuelvo tambien á un padre amado.

JORNADA CUARTA.

Una plaza donde habrá una hoguera medio apagada. En derredor de ella Nuño, Garcés y los soldados 1.° y 2.° A un lado habrá un banco de piedra, en el que estará reclinado el Page.

ESCENA PRIMERA.

EL PAGE. NUÑO. GARCÉS. SOLDADOS 1.° *y* 2.°

Nuño. Vaya que esta noche bien habeis bebido. No direis que mi amo no es generoso.

Sold. 1.° Voto á brios que no dirá ninguno lo contrario. El señor don Gutierre es un escelente caballero.

Sold. 2.° Mirad aquel! Aun está durmiendo. (*Se arrima al banco, y le toca al page.*) Vamos, camarada, ya es hora de que dispiertes.

Page. Dejadme en paz.

Sold. 1.° No he visto criatura de peor genio. Siempre tiene ese bellísimo humor.

Sold. 2.° Estos rapaces no sirven para una broma.

Garc. Pero es valiente!

Sold. 1.° Ah! eso en estremo.

Sold. 2.° Muy mal está con su vida cuando se espone tanto á los peligros.

Sold. 1.° No nos ha hecho mal servicio el venerable abad de San Pedro de Cluni, porque si no tal vez á estas horas ninguno de nosotros estaria aqui.

Garc. Cómo!

Sold. 2.° Ahora lo preguntas! No sabes que él alcanzó se asentase la paz entre los reyes! A fé que de lo contrario fuera sangrienta en Nájara la batalla.

Nuño. Tienes razon. Y si no hubiera sido por eso, don Alfonso no se casaría con doña Berenguela, porque alli fue donde conoció al conde Arnoldo su padre.

Garc. Y no hubiera vuelto á Castilla el conde de Lara acompañando á la nueva reina.

Sold. 1.° Mucho le quiero, á pesar de lo que de él nos cuentan. Pero ahora sin duda tratará de saber el paradero de doña Urraca.

Sold. 2.° Dificil es que lo llegue á descubrir: lo que yo estraño es que no se supiese el que le puso en libertad, y el pobre carcelero fue quien pagó...

Nuño. Lo merecia por su descuido.

Garc. No acabo de entender estas cosas. Andan con tanto sigilo hablando siempre de doña Urraca como si no se supiese en dónde la tienen encerrada.

Page. (*Levantándose, y aparte.*) Qué oigo!

Nuño. Y á tí qué te importa...

Garc. Á mí! maldita la cosa: pero no me gusta que formen falsas congeturas sobre su desaparicion, cuando la pobre está metida entre cuatro paredes con dos ó tres que la han querido acompañar, entre las cuales ¡vive Dios! se halla una niña como una perla.

Sold. 1.° Camarada! se conoce que estás enterado de todo.

Garc. No lo he de saber... como que he sido uno de los que por mandado del rey la condugeron á la iglesia de San Vicente, que está aqui cerca.

Page. En la iglesia de San Vicente...! Y yo la buscaba tanto tiempo en vano...! (*Se marcha de repente.*)

Sold. 2.° Calla; ya se ha marchado, sin decirnos una palabra. (*Al notar se fue el page.*)

Nuño. Eres un imprudente en decir cosas que no te interesan.

Garc. Y por qué! acaso me han encargado el secreto? Vaya, quedad con Dios, porque se va haciendo tarde.

Sold. 2.° Allá vamos todos.

ESCENA II.

En una celda de la iglesia de San Vicente, DOÑA URRACA *sentada en un banquillo ó escaño*, &c.

Por qué le ha de perseguir
desde que nace al mortal
ese destino fatal
que envenena su existir?
Y el dorado porvenir
que ante su vista se ofrece
luego tambien desparece:
asi en agitado mar
la nave suele quedar,
y el hombre solo perece.
El hombre! quién lo imagina!
sujeto á males tiranos,
pues él mismo con sus manos
se labra su propia ruina.
Si fue creacion divina,
fue tan solo porque quiso
tenerle siempre sumiso
al fabricar el Eterno,
para el mortal un infierno,
para Dios un paraiso.
Si al mirar desparecer
tan hermosas ilusiones
de sus ardientes pasiones
siempre víctima ha de ser;
si del morir al nacer
es ¡gran Dios! breve el camino,
por qué terrible destino
del feliz detiene el vuelo,
y en este mísero suelo
hace á el hombre peregrino?
Ayer en su lozanía
en el florido pensil
á merced de aura sutil
rojo clavel se mecía:

ayer envidia tenia
de su color encendido
tronco seco y carcomido,
y hoy que vive el tronco yerto,
el rojo clavel ha muerto,
y sus hojas ha perdido.
Asi en el mar de la vida
al hombre insensiblemente
va arrastrando la corriente
como una nave perdida.
Asi ayer envanecida
me miraba en regio asiento,
y hoy en este momento
al gemir en mi abandono
tengo un escaño por trono,
y por palacio un convento.
Al nacer en regia cuna
con un porvenir risueño,
mi dulce é inocente sueño
no turbaba pena alguna:
pero luego la fortuna,
que de un bien es siempre avara,
me sumió siendo de Lara
de un claustro en la soledad,
y ya de la sociedad
una reja me separa.
Una reja que el poder
de dos tiranos formó,
y de uno esposa fuí yo,
y á el otro le he dado el ser.
Por fin lograron vencer;
y la corona que un dia
sobre mi frente lucia
en otras sienes hoy miro,
y al mortal por quien deliro
en una prision sombría.
Ah! Lara! Lara querido!
mis ilusiones murieron!
fatales las bodas fueron,
pues con mi amor te he perdido!

Infeliz! la causa he sido
de tu desgraciada suerte.
Cuán horrible ¡ay! es perderte
siendo ya mi tierno esposo,
y con paso presuroso
ver acercarse la muerte!
La muerte! sí: con afan
la miro triste venir,
pues para tanto sufrir
fuerzas faltándome van.
Siento en la frente un volcan,
y mi corazon inquieto
revela... fatal secreto!
que Lara no ha de saber,
pues en vez de una muger
encontrará un esqueleto!

ESCENA III.

LA REINA LEONOR.

Leonor. Por qué llorais? Cielos!
D.ª Urraca. Ay, hija querida!
de tí para siempre me voy á apartar.
Ya veo se apaga por grados mi vida.
Leonor. Ah, madre del alma! cesad de llorar.
No veis que si os pierdo, tambien desgraciada,
sin nadie en el mundo, yo debo morir,
pues fuera una carga bastante pesada
sin vos, madre mia, tener que vivir.
D.ª Urraca. Bien dices: tú me haces temer á la muerte:
idea terrible! querida Leonor:
tan jóven y hermosa ¡ay triste! perderte,
á el alma angustiada la llena de horror.
Entonces ninguno tus penas calmara
al verte infelice suspiros lanzar;
tampoco ninguno tu llanto enjugara,
y víctima fueras de amargo pesar.
Mas ¡ay! á la muerte, que á nadie obedece,
y próxima miro, qué puedo oponer?

Ella es poderosa, y no se enternece
del lloro y los ruegos de débil muger.

Leonor. No veis que se aumenta del alma el tormento...?
tan tristes ideas desechad por Dios...

D.ª Urraca. No puedo. Imposible!

Leonor. Siquiera un momento!
y si morís luego, muramos las dos.

D.ª Urraca. No: nunca. Tú puedes aun ser dichosa,
y tal vez á un padre que te ama verás:
ah! vive: sí, vive, y di que su esposa
de amarle constante no dejó jamas.
Y di que mi muerte tan pronta no fuera
por verme sin cetro, y el regio dosel,
si á Lara mi esposo perdido no hubiera,
pues mas que á cien tronos le adoro yo á él.
Leonor! los traidores sin duda supieron
que él era del alma la grata ilusion,
y solo por verme penar le sumieron
entonces en triste y oscura prision.
Y ya las cadenas que oprimen sus manos
tampoco, infelice, romperlas podré;
y he sido arrojada por esos tiranos
del trono que un dia de un padre heredé.
Mas ¡ay! al ver, hija, mi muerte cercana,
te ruego no olvides en tu juventud
que el Dios soberano á la raza humana
por don mas precioso les dió la virtud.
En mí, Leonor, puedes haber aprendido
que nunca sin males se consigue un bien:
esposa de Lara, el cetro he perdido,
y siendo de Alfonso el honor tambien.
Un monstruo me dieron en vez de un esposo,
y amarle pudiera...! por otro mortal
palpitó primero mi pecho amoroso:
perdon, cielo santo, si fuí criminal!

Leonor. Aun no podeis, madre, tan triste recuerdo,
que os causa en el alma terrible dolor,
borrar de la mente...

D.ª Urraca. No ves que le pierdo...
pues deja que al menos recuerde su amor.

Mas si por ventura se cansa algun dia
de ser el destino fatal para tí,
la pompa y el oro, Leonor, no te engría,
y entonces recuerda que un trono perdí.
Y aunque en regia cuna fuí niña mecida
y de los placeres corrí luego en pos,
hoy en un convento me miro sumida
sin ser desgraciada! la esposa de Dios.
Lo soy ya de un hombre, y en aqueste suelo
á un tiempo no puede de dos mi alma ser;
y aun cuando gobierna la tierra y el cielo,
á tanto no llega de Dios el poder.
Lara! esposo mio! en vano le llamo,
pues desde su encierro no escucha mi voz:
bien pronto por siempre de lo que mas amo
separarme quiere la muerte precoz.

Leonor. Ah! vos habeis hecho que me acuerde ahora
del que por amarme desterrado fue!

D.ª Urraca. Quién dices...! Fernando...!

Leonor. El alma le adora:
y aun no, madre mia, aun no le olvidé.

D.ª Urraca. Por Dios! calla: calla: aun mas mis dolores
aumentas diciendo que puedes amar
al que ha conspirado con esos traidores,
que al fin consiguieron un trono usurpar.

Leonor. Quién, él...! Imposible! Teneis un indicio
de que cierto sea...

D.ª Urraca. Yo misma le vi;
y que hora se encuentra de Castro al servicio
por un escudero tambien descubrí.

Leonor. Gran Dios!

D.ª Urraca. Hija mia! tan solo te pido
de mi amarga vida en la hora postrer...

Leonor. Qué! decid...!

D.ª Urraca. Que entregues su amor al olvido,
y jures que nunca su esposa has de ser.

Leonor. Qué me pedis? cielos!

D.ª Urraca. Acaso pudiera
negarme una hija...

Leonor. Tened compasion...!

no amarle...!

D.ª Urraca. Descarga, ¡ay! antes que muera,
de un peso terrible á mi corazon.

Leonor. Y si fuese falso entonces podria
ser suya, no es cierto...?

D.ª Urraca. No: nunca jamas.

Leonor. Infeliz! tampoco...

D.ª Urraca. Júralo, hija mia!
de aqueste consuelo privarme querrás?
Acerca tu pecho... asi junto á el mio:
no le oyes ahora violento latir...

Leonor. Oh Dios! por el rostro qué sudor tan frio!

D.ª Urraca. Como el de la muerte, que miro venir.
Mis ojos se apagan. Ay! hija adorada!
primero es tu amante que una madre...

Leonor. Ah...! no:
vencísteis: Fernando! seré desgraciada,
mas juro que nunca seré tuya yo.

D.ª Urraca. Ya muero contenta.

Leonor. Morir! qué tormento!
Aqui viene Clara, y Aldonza tambien.

ESCENA IV.

DICHAS. ALDONZA. CLARA.

Leonor. Al lecho llevadla, á ver si un momento
descansa. (*A Clara y á Aldonza.*)

D.ª Urraca. En la tumba...! Ah! sí: dices bien.

(*Clara y Aldonza se llevan á la reina apoyada en sus brazos.*)

ESCENA V.

LEONOR.

Por qué una madre he encontrado,
si pronto la he de perder,
y aquel dia de placer
en horrible se ha trocado!
Ay! infeliz! he jurado

en mi amargo desconsuelo
no ser nunca en este suelo
del mortal por quien deliro,
y lo cumpliré...
(*El page aparece en la puerta.*)
Qué miro?
Fernando! es él! santo cielo!

ESCENA VI.

EL PAGE. LEONOR.

Page. Leonor! Leonor querida...! mas qué veo!
huyes de mí? pudieras por ventura
tus juramentos olvidar tan pronto?
Imposible! jamas: si te he ofendido
perdóname, mi bien: yo te lo pido.
Leonor. Infeliz! qué diré? (*Aparte.*)
Page. Nada respondes?
Ah! triste realidad! mi mal es cierto.
Callas aun, cruel, y te complaces
en destrozar el pecho que te adora?
Leonor. Huye, Fernando...
Page. Huir, huir ahora
cuando á tu lado vuelvo presuroso
por contemplar la imagen hechicera
que hizo perder á el alma su reposo?
Y lo dice Leonor? la que mil veces
su corazon latiendo junto al mio
me juraba un amor eterno y puro.
Es acaso ilusion? es desvarío?
Leonor. Por piedad! por piedad! no me recuerdes
que hubo un tiempo de amor y de ventura
cuando hoy el caliz de la amarga pena
esta infelice apura.
Pasó aquel tiempo de placer: entonces
se deslizó mi juventud hermosa
entre lirios y rojas clavellinas,
y hoy las flores que el suelo matizaban
al secarse dejaron solo espinas.

Ah Fernando! á mi amor renunciar debes...

Page. Renunciar á tu amor! puedo yo acaso
si lo impide, cruel, poder mas fuerte?
Este incendio voraz en que me abraso
en su morada lóbrega la muerte
solo puede apagar.

Leonor. Yo te lo ruego.

Page. Y tú misma, tú misma á mi ventura
te puedes oponer...? y tú me adoras...!
sin duda fuiste á mi pasion perjura.
Por qué, dime, por qué si no me amabas
alimentaste mi ilusion un dia...!
Ó entonces ya tal vez tú preparabas
este horrible suplicio á el alma mia.
Huérfano y sin amparo en este suelo
me pareció la vida grave carga,
y fuiste el angel que bajó del cielo
para hacerme olvidar mi suerte amarga.
No te acuerdas ¡muger! cuando á tu lado
el mortal mas felice me juzgaba,
al ver que dulce y plácida sonrisa
por tus labios purpúreos resbalaba?
Y á mi frente ardorosa
refrescaron entonces tus caricias.
Ah! tú me hiciste navegar, hermosa,
por un piélago inmenso de delicias.
Mas... tú lloras? acaso arrepentida
de haber obrado asi? Pero tu llanto
no me conmueve cual un tiempo, ingrata:
la que ayer me llamó su dulce encanto,
y hoy olvida su amor y juramentos,
tambien puede fingir.

Leonor. Ah! si supieras
mi situacion horrible y los tormentos
que sufre el alma... no me lo dirias.

Page. Tú padecer! gran Dios! fuera posible
que me amaras aun, y pretendieras
al corazon volver la dulce calma?
por qué lo ocultas? ah...! dime que es cierto,
y un bálsamo será para mi alma.

Leonor. Ya no puedo, infeliz! es imposible.
Page. Imposible! pues bien, muger perjura,
ya que envenenas la existencia mia,
no te quiero ocultar que sé quién eres.
Leonor. Cómo! supiste...!
Page. Sí: tu madre un dia
en las sienes sostuvo una corona,
y en un encierro tu querido padre...
Leonor. Ah! calla por piedad. Esos recuerdos...
Page. Te atormentan... no es cierto? Desgraciada!
tus ilusiones pronto deshicieron
los que en aquesta lóbrega morada
tambien con una madre te sumieron.
Cuando en el mundo sola te creías,
me amaste, sí, me amaste: aunque lo niegues
seguro estoy que entonces no mentias.
Mas luego... no lo estraño. Siendo reina
de Castilla tu madre, un pagecillo
indigno fuera de obtener tu mano:
qué podia ofrecerte un miserable
aunque te amara con delirio insano?
Hiciste bien en olvidar á el hombre
que si un tiempo á tu amor derechos tuvo
fue tan solo al creer que hasta en los males
de que entonces, Leonor, víctima eras,
el destino fatal os hizo iguales.
Pero al ver luego la distancia enorme
que existe entre los dos, que tuvo un trono
la madre que por muerta ella lloraba,
se avergüenza de haber sido mi amante
la que tal vez de un grande será esclava.
Á Dios, muger, á Dios. Ya quedas libre
de los lazos que un tiempo á mí te unian.
Pronto de esta prision saldrás: no llores;
y en la corte de un rey á la hermosura
nunca faltan rendidos amadores.
Alli de ricas galas adornada,
precedida de pages que te sirvan
de rodillas, y al lado de una madre
que en tu megilla estampe dulce beso,

qué te puede faltar? Tan solo un padre...?
Pues tambien le tendrás.

Leonor. Mi padre! qué oigo!

Page. Que está libre.

Leonor. Gran Dios!

Page. Toma este anillo
que al darle libertad me entregó el conde.

Leonor. Tú le salvaste...?

Page. Sí: yo libertaba
á un padre del suplicio, y su hija en tanto
en mi pecho un puñal clavando estaba.
Este anillo que dueño debió hacerme
de tu mano, ahí le tienes. No le quiero.
Á Dios, muger perjura, á Dios...!

Leonor. Detente.
No dejará de consentir ahora
mi madre en nuestra union.

Page. Cómo! qué dices?

Leonor. Que siempre tu Leonor, siempre te adora.

Page. Es posible...! me engañas...?

Leonor. Ah! Fernando!
no me atormentes mas: en un momento
bastante padecí, dulce bien mio,
porque á mi amor se opone un juramento.

Page. Y pudiste, Leonor, jurar no amarme?

Leonor. Infeliz! á una madre moribunda
que te juzgó traidor, negar pudiera
este consuelo al ver que se acercaba
de su amargo vivir la hora postrera?

Page. La reina ha muerto?

Leonor. Aun no: pero bien pronto
el alma de su cuerpo separada
volará á otra region do sus martirios
sin duda cesarán.

Page. Desventurada!

Leonor. No puede resistir á tantos males,
y á el sepulcro la arrastra de su esposo
la pérdida fatal.

Page. Dónde está? dónde?
Corramos á decirla se ha salvado,

y que á sus brazos pronto vuelve el conde.

Leonor. Veré á mi padre...!

Page. Sí: volvió á Castilla
con la esposa de Alfonso.

Leonor. Ya respiro.

Page. Os busqué por do quier, y no he logrado
descubrir hasta hoy vuestro retiro.

Leonor. No tardemos en darla ese consuelo
para enjugar su lloro;
y cuando sepa que salvó la vida
de su esposo el mortal á quien adoro,
bendiga nuestra union.

Page. Vamos, querida.

ESCENA VII.

DICHOS. EL CONDE DE LARA, *armado segun el siglo.*

Page. El conde!

Leonor. Padre adorado! (*Le abraza.*)

Lara. Hija del alma!

Page. Señor...

Lara. Mira, querida Leonor,
al que mi vida ha salvado.
Anhelo hacerte dichosa,
y si aun le amas constante...

Leonor. Siempre!

Lara. Pues en vez de amante,
mañana serás su esposa.

Page. Mañana!

Leonor. Feliz momento!

Lara. Mas... dime: y tu madre...?

Leonor. Cielos! (*Aparte.*)

Lara. No respondes? Qué recelos...!
dónde está, dónde...?

Leonor. Oh tormento!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. LA REINA *moribunda*, *apoyada en* CLARA *y* ALDONZA.

D.ª Urraca. Quiero verla... antes que muera:
hija querida...! Leonor...!
pero qué miro! es mi esposo...
Lara. Urraca...! (*La abraza.*)
D.ª Urraca. Lara...!
Lara. Gran Dios!
Cuando á su lado volvia
la debo perder...! Ah! no:
de los brazos de la muerte
la arrancará mi furor.
Leonor. Infeliz...! Cuánto padece!
D.ª Urraca. Ah! ya se apaga mi voz...
y mi hija...!
Lara. Aqui la tienes,
(*Coge de la mano á Leonor.*)
esperando que su union
bendiga en su hora postrera
la madre que el ser la dió...
D.ª Urraca. Su union... Cómo...!
Lara. Sí, querida:
hazla feliz, pues su amor
obtiene quien á su padre
sacó de oscura prision...
Ven: acércate, Fernando...
D.ª Urraca. Es él... su esposo! qué horror! (*Al verle.*)
Nunca! nunca...!
Page. Cielos...!
Leonor. Madre mia...!
(*Se arrodillan delante de la reina el page y Leonor.*)
Lara. Y no tendrás compasion?
D.ª Urraca. Es imposible...! apartaos...
dejadme... sí: por favor...
Lara. No accedes á sus deseos
aunque te lo ruego yo...?

D.ª Urraca. Al fin debo revelarlo...
Lara. Qué dices...!
D.ª Urraca. Suplicio atroz!
Ya no hay remedio...! Te acuerdas...?
Lara. De quién? di.
D.ª Urraca. Del que murió...!
Candespina...!
Lara. Y bien...!
D.ª Urraca. Un tiempo
poseyó mi corazon...
y el fruto! conde...
Lara. Dios mio!
D.ª Urraca. De aquel criminal amor...
es...
Lara. Acaba.
D.ª Urraca. Aqui le tienes. (*Señalando á Fernando.*)
(*El page y Leonor se levantan de repente, y esclaman á un tiempo.*)
Leonor y el *Page.* Hermanos!
Lara. Cielos!
D.ª Urraca. (*Con voz muy débil.*) Á Dios...! (*Espira.*)
(*Cae el telon.*)

FIN.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 861 7

En la librería de ESCAMILLA *y en la de* CUESTA *se encuentran las nuevas publicaciones siguientes:*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y á 10 en pasta.

Fígaro, coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por don Mariano José de Larra: 5 tomos, su precio á 70 rs. en rústica y 80 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno: cuyos títulos espresan los catálogos que se darán en las indicadas librerías á los sugetos que gusten adquirirlos.

Derecho Real de España por Alvarez: 2 tomos en 4.°

Sátiras de varios autores.

Poesías de don José Zorrilla.

El Libro del Pueblo: un tomo en 8.°: precio 8 rs.